

# 2011: el año de la gente

Andrés Ortega,  
Editorialista y comentarista de *El País*

2011 fue un año en que mucha gente en muchas partes del mundo se movió marcando la agenda política, y provocando cambios de envergadura, sobre todo en el mundo árabe. Como ha señalado el premio Nobel Joseph Stiglitz, “en muchos países había enfado y desgracia por el paro, el reparto de los ingresos y la desigualdad y un sentimiento de que el sistema no sólo es injusto, sino que está roto”.

Empezó con las revueltas en Túnez, siguió con la revolución de Tahrir en Egipto, y luego llegó a España con un 15 de mayo y unos “indignados” en un movimiento que cobró una dimensión global, especialmente en EEUU con los diversos *Ocupa...* (Wall Street, Boston, etc...). En diciembre un sector dinámico de la sociedad rusa se lanzó a la calle para protestar contra los fraudes en las elecciones parlamentarias. Fueron movimientos dictados por la frustración con las dictaduras, por la falta de claridad, contra la política en general en algunos casos, y contra una cierta política en otros. En España el movimiento 15-M reclamaba “democracia real ya”. En El Cairo, simplemente democracia, o algo aún más básico, dignidad. Sin duda, las redes sociales y los nuevos medios de comunicación sirvieron para congregarse a estas gentes. Pero lo ocurrido en la plaza Tahrir, por ejemplo, no se puede explicar sólo por las maravillas asociativas de las tecnologías de la comunicación, sino por el impulso de mucha gente.

En medio, naturalmente, estaba la crisis económica, de la que pareció que Occidente (pues de una crisis occidental se ha tratado) iba a salir, pero en pleno agosto

llegó la clara visión de que avanzábamos, al menos en algunos países, hacia una segunda recesión. Y así fue. En 2011 también quedó plasmado que la crisis había cambiado el mundo, acelerando y reforzando algunas tendencias que se habían puesto en marcha con anterioridad. En los países árabes, el descontento se estaba acumulando no porque sus economías no crecieran, sino porque de ese crecimiento disfrutaban sólo unos pocos. La creciente desigualdad en el seno de las sociedades, desarrolladas o emergentes, se ha convertido en uno de los mayores problemas en cada país y a escala global.

## EEUU se retrae, Europa no llena y los emergentes emergen

Estados Unidos, de donde partió la crisis financiera de 2007-2008, estuvo a punto de poner a la economía mundial al borde del colapso cuando en julio y agosto de 2011 estaba llegando a su techo de deuda autorizado y la tensión entre la Casa Blanca y el Congreso no permitía elevarlo. Se hubiera planteado la suspensión de pagos de la primera economía mundial, que tiene la moneda que es aún, aunque menos, referencia global: el dólar. Agencias de calificación como Moody's y Standard&Poor's amenazaron con que degradarían la deuda norteamericana de su máximo AAA si no había un acuerdo. Este llegó *in extremis* el 2 de agosto. Pero puso la economía mundial al borde del precipicio y generó una incertidumbre global, agravada ese mismo mes por la perspectiva de una nueva contracción de las economías occidentales, especialmente las europeas.

La retirada de las tropas norteamericanas de Irak se completó el 18 de diciembre de 2011. Obama cumplió así su promesa de salirse de la guerra *por elección* que emprendió George W. Bush en 2003. En cuanto a lo que consideró una guerra *de necesidad*, la de Afganistán, Obama se comprometió a retirar las tropas de combate (no otras) para 2014. Pese a su participación en la operación en Libia, la crisis económica, que empezó con Bush y que ha tenido que gestionar Obama (evitando que una recesión se convirtiera en una depresión), y que también en ese país ha tenido múltiples dimensiones, ha llevado a un *retrenchment* -un retraimiento- de la posición en el mundo de la superpotencia, aquejada por problemas políticos y económicos internos, como el paro, la falta de crecimiento suficiente, un presupuesto a reducir, y el surgimiento del *Tea Party* que ha favorecido un ensimismamiento de EEUU.

La OTAN, tanto en Afganistán, donde puede estar perdiendo la guerra, como en Libia, donde ha sido la gran organizadora sin la cual la operación no se habría podido realizar, se ha demostrado no sólo como la estructura militar de Occidente, siempre liderada por EEUU, sino como un *hub* para una mayor cooperación internacional, en primer lugar en Afganistán. Aunque

las relaciones con la Federación Rusa han mejorado, sin embargo persiste una tremenda desconfianza de Moscú hacia la Alianza Atlántica, especialmente con los planes para el despliegue de un sistema antimisiles en Europa por parte de Estados Unidos.

EEUU ha perdido capacidad de influencia en Oriente Medio debido a su alineamiento prácticamente incondicional con Israel y a las propias revueltas árabes que, aunque en un principio, no han tenido un carácter antioccidental. Obama ha desaprovechado su presidencia para empujar el proceso de paz entre palestinos e israelíes. Y EEUU es el único que podría forzar a Israel a negociar.

El 2 de mayo de 2011 marcó otro punto de inflexión con la muerte, a disparos de los Navy SEAL de EEUU, de Osama Bin Laden en su refugio de Abbottabad, en Pakistán, lo que causó una crisis entre Washington e Islamabad que no se ha superado. Con este tanto, Obama anunció una desescalada en la “guerra contra el terrorismo” iniciada por Bush tras los atentados del 11 de septiembre de 2001.

El estudio de la documentación capturada en Abbottabad ha puesto de relieve que el saudí que fundó Al Qaeda, escondido durante una década desde el 11-S, era mucho más que un referente. Aún intentaba ejercer control sobre las diversas franquicias, organizar y marcar pautas ideológicas y operativas, aunque no lo consiguiera. Ha perdido apoyo popular, y las revueltas árabes son muestra de su fracaso. El islamismo político gana en las urnas; el apoyo popular al *yihadismo* se ha reducido. Un año después de su muerte, según una encuesta del Centro Pew, el apoyo a Al Qaeda ha caído en picado en buena parte del mundo musulmán, quizás con la significativa excepción de los territorios ocupados en Palestina, donde aún está en un 34%.

No obstante la marca Al Qaeda no necesita de gran apoyo popular para extenderse, como lo ha hecho en Yemen, el Magreb islámico y otras zonas de África, y sigue en Pakistán. Pese a la pérdida de gran parte de su liderazgo, Al Qaeda es un movimiento terrorista de alcance global, sin que se sepa el papel efectivo que desempeña al Zawahiri como sucesor de Bin Laden al frente de la *central*. Al Qaeda puede haber perdido atractivo ideológico y fuerza, pero no por ello sus seguidores, organizados en grupos o como *lobos solitarios*, son menos peligrosos en las ciudades zonas y en Europa. Aunque también las fuerzas de seguridad han aprendido y son ahora más capaces de luchar contra Al Qaeda que diez años atrás. Pero para nada hay que bajar la guardia frente a una marca asesina.

*Lobos solitarios* los hay de varias especies. Anders Breivik, desde posiciones islamófobas de extrema derecha conmocionó al mundo y a su país cuando el 22 de julio, en un doble atentado en Noruega –bombas en Oslo y la masacre de su mano de jóvenes laboristas en un campamento de verano en la isla de Utøya– asesinó a 77 personas.

La crisis y la cultura política del propio Obama han fortalecido la tendencia que ya venía de los últimos lustros en EEUU a mirar más hacia Oriente, hacia el Pacífico, con una obsesión con China, vista, no sin razón, como el gran rival –no necesariamente enemigo– de EEUU no ya en las próximas décadas sino en los próximos años. Washington sabe que China es la única potencia capaz de competir con EEUU en casi todos los terrenos. Y la crisis ha acelerado ese desplazamiento de poder hacia Oriente. En ese Oriente, ocurrió el 11 de marzo una gran tragedia: el gran terremoto y tsunami en Japón, que afectó gravemente a la central nuclear de Fukushima. La sociedad japonesa dio un ejemplo al mundo de comportamiento cívico y sentido de comunidad, pese a los errores de gestión de su Gobierno. Este accidente reactivó el debate en todo el mundo sobre la energía nuclear. Para Japón significa renunciar, al menos de forma temporal, a esta forma de energía, y, consecuentemente, a la espera del desarrollo de fuentes alternativas, volver a depender de forma prácticamente total de importaciones de gas y petróleo, con un efecto geopolítico que está por ver.

El mayor grado de enmismamiento de EEUU debería ser una oportunidad para la UE, pero no lo es. Y sin embargo, Bruselas debe darse cuenta de que podrá contar menos con EEUU para resolver problemas que están casi a un tiro de piedra, como el de Libia, que, dicho sea de paso, llevó a Francia a suspender temporalmente el paso libre del Tratado de Schengen cuando Italia decidió dejar pasar a los pocos miles de inmigrantes que huían de la guerra. Mientras, un pequeño y más pobre país como Túnez tenía que acoger a decenas de miles de refugiados.

No deja de ser paradójico que esta pérdida de peso, de atención y de solidaridad se produzca cuando la UE cuenta con más instrumentos de Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) que nunca derivados de la entrada en vigor del Tratado de Lisboa: una alta representante, Catherine Ashton, y un Servicio Europeo de Acción Exterior que es su brazo diplomático, y que se desarrolló en buen parte en el curso de 2011, tras su lanzamiento formal el 1 de diciembre anterior.

Cuenta, naturalmente, la personalidad de Ashton, menos activa que la de su antecesor, que trabajaba con menos instrumentos, Javier Solana. Ashton, además, ha puesto freno, probablemente en razón de su sensibilidad británica, el desarrollo de una Europa militar, lo que llevó en 2011 a varios países –Alemania, Francia, Italia y España, entre otros– a pedir que se pusiera en marcha al menos entre los que quisieran y pudieran (con el mecanismo de lo que se llama “cooperación reforzada”).

Y 2011, también en la mano de la gente, ha marcado un crecimiento en el populismo antieuropeo. Aunque algunos preexistían y no son nuevos en esta Europa. La construcción de la UE los lleva arrastrando al menos desde

**“La creciente desigualdad en el seno de las sociedades, desarrolladas o emergentes, se ha convertido en uno de los mayores problemas en cada país y a escala global”**

Maastricht. Pero la crisis ha dado un nuevo impulso a los populismos antieuropeístas. La Europa de los populismos es la Europa de los egoísmos, contraria el euro, a la solidaridad entre países, a la permeabilidad de las fronteras internas en la UE y más allá, a la inmigración, con un claro contenido islamófobo, aunque también contra los inmigrantes de países de Europa del Este.

En Finlandia, en las elecciones de abril de 2011, llegó en tercer lugar, pero en una posición influyente, el partido populista antieuropeísta Finlandeses Auténticos, que basó su campaña en su oposición al rescate de Portugal, bajo la bandera del “no pagaremos”. Aunque, posteriormente, la presión de la realidad les llevó a pagar. No se trata sólo de un fenómeno de la Europa del Norte o de los socios que entraron en la UE desde la EFTA o desde el Este con un espíritu poco europeísta. Ha ocurrido en Suecia, Dinamarca, y ahora Finlandia, pero también en Austria, Italia, en Países Bajos, Bélgica, o en Francia donde el apoyo al Frente Nacional ha subido con Marine Le Pen. Y de paso, la idea del Benelux como punta de lanza de la integración europea se ha quebrado.

A principios de agosto de 2011, en la crisis ya mencionada sobre el presupuesto de EEUU, China, el mayor acreedor de ese país, se permitió regañar a Washington y señalar con claridad que si Estados Unidos y Europa se empeñaban en mantener sus gastos sociales, dejarían de ser competitivos y sus cuentas públicas quebrarían. Era un aviso claro, al que se añadía la afirmación, repetida antes y después por diversos dirigentes chinos, de que el modelo de capitalismo occidental no sirve para China.

Pese a sus enormes problemas internos (desigualdad de todo tipo, envejecimiento de la población, tensiones identitarias, burbuja inmobiliaria y un sistema financiero dudoso, entre otros) China ya no es política ni económicamente un país emergente, sino uno que ha emergido. Lo mismo le ha pasado, aunque en menor grado a los llamados BRICS (Brasil, Federación Rusa, India, China y Sudáfrica), y varios otros, aunque por dentro estén plagados de problemas que hacen incierto su futuro. Sin embargo, la mitad del crecimiento económico mundial se debió en 2011 a esos países. La crisis fue una crisis esencialmente de las economías occidentales aunque a partir del verano la tesis del *decoupling* de los emergentes empezó a resquebrajarse, al reducir su ritmo de crecimiento.

América Latina salió bien de la primera fase de la crisis. En 2009 cayó su PIB en un 2,9%, pero en 2010 había crecido un 6% y aumentó un 4% en 2011. No todos han aprovechado por igual la situación. Brasil, y Chile, por ejemplo, han visto crecer las inversiones en su suelo, mientras Venezuela ha seguido instalada en el caos. Quién más se ha beneficiado en términos geopolíticos ha sido Brasil, convertido en auténtico *hegemon* regional, con una política inteligente de atracción de sus vecinos, especialmente a través de la creación de UNASUR, Unión de Naciones Suramericanas, que aunque nació antes de la crisis, se vio impulsada por ella, y a finales de 2011 de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños).

## Multipolaridad y multilateralismo

Ante la crisis, el G-20 no ha llenado las esperanzas que se depositaron en él cuando, tras la caída de Lehman Brothers, empezó a reunirse a nivel de jefes de Estado y de Gobierno, con la participación por vez primera de España. Mientras convergieron los intereses para salir de la crisis con estímulos de gasto público y otras medidas, el G-20 fue útil. Sus cumbres evitaron al principio que la recesión fuera más grave, coordinando una reacción. En 2009, el G-20 se mostró como un marco eficaz para la gobernanza global, especialmente con la cumbre de Pittsburg en septiembre. Pero en 2011, el G-20 había perdido operatividad. Los intereses de unos y otros se habían separado, aunque ahora era la UE, mucho más rica en PIB por habitante, la que pedía a los emergentes, mucho más pobres, ayuda a estos para sacar de los apuros financieros a algunos de sus miembros.

El G-20 refleja claramente cómo estamos en un mundo crecientemente multipolar, mucho más que multilateral. Sin embargo, el multilateralismo, expresado en su forma legitimadora de resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU, sí se aplicó en caso de Libia (1.970 y 1.973), aunque la operación militar no estuvo dirigida por la ONU, sino por la OTAN. Pero este multilateralismo tuvo ciertos añadidos regionales como el apoyo de la Liga Árabe y de la Unión Africana, que indican una nueva pauta.

En la primera de las resoluciones sobre Libia –no en la segunda que realmente autorizó el uso de la fuerza (aunque no para los fines a los que se aplicó, el derrocamiento de un régimen, sino para establecer una zona de exclusión aérea y marítima, y para evitar que las fuerzas de Gaddafi bombardearan a poblaciones civiles)- el Consejo de Seguridad introdujo un concepto que nunca antes había utilizado, el de la Responsabilidad de Proteger, aprobado unos años antes por la Asamblea General.

La intervención en Libia consiguió su objetivo no declarado: armar a la oposición y acabar con Gaddafi y su régimen. Pero la extralimitación (más sus propios intereses) haría que al año siguiente la Federación Rusa y China vetaran una resolución para intervenir en Siria, temiendo que las potencias occidentales volvieran a extralimitarse. Y una vez cumplida la misión, las fuerzas occidentales (y de otros países como Qatar y Emiratos Árabes) se retiraron. También porque el despliegue estaba empezando a salir muy caro.

La operación militar aliada contra Gaddafi (en la que participaron Qatar –siempre presente, siempre activo– y Emiratos Árabes Unidos), hubiera sido imposible sin EEUU. Estos actuaron desde una posición teórica de “dirigir desde atrás” (*leading from behind*), pero sin esta aportación, los europeos se habrían quedado sin municiones aéreas, sin control por satélite y otros medios para fijar los objetivos, y sin verdaderamente poder instaurar una zona de exclusión aérea y marítima.

## Las revueltas árabes y el nuevo Gran Juego

No ha sido ni *una* ni *primavera* pero las revueltas en el mundo árabe que comenzaron más que simbólicamente en Túnez cuando el 17 de diciembre de 2010 Mohamed Bouazizi se quemó a lo bonzo en la ciudad tunecina de Sidi Bouzid para protestar por la acción de la policía, han trastocado y siguen trastocando el entorno geoestratégico de toda una región central para la estabilidad mundial, y muy en especial para España. Es una parte importante de la aceleración del cambio de mundo a apreciar a partir de 2008-2009, aunque el resultado de estas revueltas no esté claro a medio plazo, ni siquiera a largo. Y pueden tener efectos mucho más allá, como en China, donde el gobierno intentó censurar toda referencia a ellas en internet pues las *revoluciones jazmín* han sido recibidas como una amenaza por el régimen.

Las revueltas, o revoluciones, no tuvieron que ver directamente con la crisis económica y financiera. Pero sí con la situación económica particular de esas sociedades que crecían, pero sin repartir de forma equitativa los beneficios de ese crecimiento. En Egipto, por ejemplo, mientras el PIB aumentaba una media del 5%, el 40% de los egipcios vivía y vive en la pobreza. Aunque la dinámica principal fue política, también contaron otros elementos, que pueden resurgir. Así, muchos manifestantes en Túnez, Jordania y Yemen al principio llevaban barras de pan, en protesta contra el aumento de los precios de los alimentos, especialmente del grano, derivado de la sequía en Federación Rusa y en otros lugares. Hay razones estructurales como el hecho de que los jóvenes en edad de trabajar (aquellos entre 15 y 29 años) representan entre una cuarta y una tercera parte de la población total de una región cuya edad media es de las más bajas del mundo, y es una juventud sin perspectivas, pese a ser la mejor formada, pero con una formación insuficiente para un mundo globalizado. Se puede añadir que la brecha económica entre la ribera norte y la ribera sur del Mediterráneo es posiblemente la más acusada del planeta: la relación de renta per cápita es de cerca de 14 a 1 favorable a la orilla norte. Las revueltas árabes no son sino una manifestación de la lucha por cerrar esta brecha.

Además, en los últimos diez años, especialmente en Egipto, ha habido un cambio de paradigma económico, con la entrada de un capitalismo consumista –retransmitido y, por tanto, alentado por las televisiones– sin que una gran parte de la población tuviera posibilidades de siquiera acariciarlo. Tan sólo de verlo en sus pantallas. Las difíciles perspectivas socioeconómicas de la región dificultarán la consolidación de democracias estables, si es que es posible, estas resultarán en modelos imperfectos y en todo caso diferentes a la democracia europea. El posterior triunfo

electoral de movimientos islamistas en Túnez, Marruecos y Egipto obedece a razones tanto socioeconómicas y políticas como religiosas. También pesa el hecho de que en estos países los elementos más organizados son los movimientos islamistas y los servicios secretos.

Naturalmente las revueltas se explican frente al carácter cerrado de regímenes dictatoriales, que impedían el paso hacia la *dignidad*, el término más usado, y la democracia. Las caídas de Ben Ali en Túnez, y de Mubarak en Egipto, han sido los casos más notables. Aunque en ellos ha sido decisivo el papel de las Fuerzas Armadas. En Egipto evitaron un baño de sangre, depusieron a Mubarak, y se quedaron con el poder a través del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, que es el que realmente ha seguido mandando. Y posteriormente, tanto en Túnez como en Egipto no han sido los elementos laicos, o al menos no religiosos, los que se han aprovechado de las elecciones sino los Hermanos Musulmanes, y en segundo lugar, en Egipto, los salafistas. En Marruecos también han ganado los islamistas en unas elecciones abiertas que impulsó el propio rey Mohamed VI, dentro de una auténtica reforma, aunque no quepa aún hablar de transición a la democracia. Parece como si las monarquías se hubieran defendido mejor, aunque en el caso de Jordania, a principios de 2012, surgieran dificultades.

Los movimientos islamistas siempre han estado ahí. El golpe en Argelia en 1991 impidió la llegada del Frente Islámico de Salvación (FIS) al poder. Pero estas sociedades se habían islamizado de manera notable en los últimos lustros. Lo que ha ocurrido es la eclosión de lo reprimido. Y llegan cuando históricamente los ensayos nacionalistas tras la descolonización y socialistas, se han agotado.

No obstante, hay una división de opiniones entre los estudiosos occidentales sobre lo que los islamistas significan en la segunda década del siglo XXI comparado con los noventa del anterior. Frente al auge de los islamistas cabe una visión pesimista y otra optimista. Para el arabista británico Bernard Lewis, la llegada de los Hermanos Musulmanes al poder crea “una situación muy peligrosa”.

En esto puede coincidir el hecho de que Arabia Saudí ha ayudado financieramente desde hace décadas a los Hermanos Musulmanes en Egipto y en otros lugares, intentando imponer su versión cerrada, wahabí, del islamismo, más próximo al salafismo que también apoyan. Pero una vez que la Hermandad se afiance en el poder, puede representar una competencia republicana peligrosa para el wahabismo saudí.

Desde la visión optimista, el francés Olivier Roy ha hablado de *post-islamismo*, e insiste en que la mayoría de los árabes de hoy no entiende el islam como una solución para sus muchos problemas. En un contexto en el que las dictaduras favorecían un islam más conservador, la religión se ha individualizado y se ha separado de la política, secularizando a esta. Ni Irán ni Arabia Saudí son modelos para estos árabes. En sus palabras, “al ser todo religioso,

**“La crisis ha dado un nuevo impulso a los populismos antieuropeístas, contrarios al euro, a la solidaridad entre países y a la permeabilidad de las fronteras internas en la UE”**

nada es religioso”. Pero las tensiones para la redacción de las nuevas constituciones, en Egipto o en Túnez, indican que hay problemas, aunque en Túnez los islamistas hayan aceptado dejar la *sharia*, la ley islámica, fuera de su Constitución.

A Occidente las primaveras árabes le pillaron en general con el pie cambiado. Había apoyado estas dictaduras. Y muy en particular EEUU, Francia e Italia, a las de Ben Alí en Túnez, Mubarak en Egipto y Gaddafi en Libia. Washington, como hemos apuntado, ha perdido con estos cambios influencia en la zona, y la proximidad del año electoral le ha atado las manos para relanzar el proceso de paz entre palestinos e israelíes. Estos (y buena parte de Occidente) se opusieron a que la Autoridad Palestina, tras una reconciliación formal entre Fatah y Hamas en mayo, presentara en Naciones Unidas su demanda de reconocimiento como Estado, tras meses de infructuosos intentos por Estados Unidos y Europa de volver a llevar a israelíes y palestinos a la mesa de negociaciones. Era también la manera de insuflar esperanzas en una población desmoralizada por la falta de perspectivas en el frustrado y frustrante proceso de paz. Desbloquear este conflicto sería esencial para que Occidente recupere una buena imagen.

Salvo casos episódicos en Egipto, estas revueltas no revistieron un carácter antioccidental, pero plantearon un nuevo entorno geopolítico para Occidente y para Israel, que mantiene desde los tiempos de Sadat y Begin un tratado de paz con Egipto que el nuevo liderazgo en El Cairo se ha comprometido a mantener, pero que rechazan los Hermanos Musulmanes. La autorización por los nuevos mandatarios en Egipto al paso de una patrullera iraní por el canal de Suez hacia el Mediterráneo hizo sonar alarmas. Y Egipto ha querido volver a pesar en la cuestión palestina, abriendo el paso de Rafah con Gaza y haciendo de mediador.

Los cambios en la región también han alterado los cálculos israelíes en cuanto a cómo y cuándo evitar un Irán nuclear, la mayor preocupación para Tel Aviv. Israel es parte de un nuevo Gran Juego en Oriente Medio cuyo eje es la competencia entre Irán y Arabia Saudí para frenar el poder de un Irán chií. Irán compite con Arabia Saudí como potencia política, religiosa y petrolera. Incluso su régimen teocrático desde 1979 se siente heredero del gran imperio persa. Ha ganado peso en la zona de la mano de los errores de EEUU en Irak (de mayoría chií, pero no está aún en condiciones de ejercer un papel significativo) y Afganistán. Además, se suman los tentáculos de que dispone Irán en Líbano a través de Hezbola y en Gaza de Hamas, aunque este último movimiento se ha separado formalmente de este padrino.

El problema no sería sólo que el Irán de los ayatolás (cada vez más militarizado por la Guardia Revolucionaria) se hiciera con el arma nuclear por razones “existenciales” para el régimen, junto a un Israel para el cual su propia bomba sí es una garantía “existencial”. Sino que también generara una proliferación nuclear en toda la zona: Arabia Saudí, Turquía (con una mayoría de sus ciudadanos a favor), Egipto y Argelia, preocupante para España.

En medio de este Gran Juego se sitúa Siria, con unas revueltas por parte de la mayoría suní contra el régimen de al-Assad de minoría alauí, próxima al chiísmo, que empezaron en 2011, y fueron respondidas con una brutal represión por parte de las fuerzas armadas, ante la incapacidad de la comunidad internacional que vio claramente que, a diferencia de Libia, la caída del país en una guerra civil podría desestabilizar toda la región. La caída violenta del régimen de al-Assad al que Irán ayuda y que muchos occidentales apoyaron durante lustros, podría precipitar una guerra civil interna que se trasladara al Líbano. La Federación Rusa tiene en Siria un mercado para sus armas, y también un puerto en el Mediterráneo. Durante tiempo el Vaticano ha venido discretamente apoyando al régimen de al-Assad, al considerar que defendía mejor a los cristianos, que están siendo expulsados de la zona.

En todo caso, este Gran Juego, una de cuyas bazas centrales es el petróleo y el gas, ha llevado a que las *primaveras* se frenaran en el Golfo, con aquiescencia occidental. Parece haber una política para el Norte de África y otra para el Golfo, como quedó claro con la represión, con ayuda saudí y jordana, de las revueltas en un Bahrein de mayoría chií, pero gobernado por suníes. Un ejemplo de estas dos políticas lo podemos encontrar en el hecho de que la alta representante de la UE, Catherine Ashton, nombró a un representante especial para el norte de África, el español Bernardino León, pero no pudo incluir en su área de acción el Golfo porque los británicos no lo permitieron. Aún pesan los tics imperiales y, claro está, los diversos intereses.

Europa, con sus energías políticas puestas en la crisis, sin dinero, no se ha volcado como hubiera debido en ayudar a las revueltas árabes a transformarse en democratización plena, modernización y recuperación económica. Un problema, frente a lo ocurrido antaño en los países de Europa central y oriental, como señaló Javier Solana, es que no hay *estructura de recepción* para estos países que se transforman, aunque la transformación será mucho más difícil, pues no hay modelo, salvo quizás Turquía. Para los afectados por la caída del Muro de Berlín, el modelo estaba claro, la democracia liberal europea, y la estructura también, y por partida doble: la Unión Europea y la OTAN. Los países árabes carecen de un proyecto regional en sí y con Europa.

En el actual clima de egoísmo y renacionalización de la política exterior, no va a resultar fácil convencer a los socios europeos de poner sobre la mesa lo que se necesita para ayudar a estos países en sus transiciones, ya sea por medio de fondos del Banco Europeo de Inversiones (BEI) y del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo (BERD), o un nuevo Banco para el Mediterráneo; no digamos ya para que tengan acceso a la financiación de la Política Agrícola Común o a los Fondos Estructurales. Desde la UE hay que revisar los instrumentos de cooperación regional, a comenzar por la Unión por el Mediterráneo (UpM, cuya sede se estableció en Barcelona pero que no ha producido resultados) y la Política de Vecindad de Europa. Todos ellos necesitarán una seria puesta a punto.

La reacción de la UE se demoró y ha sido cicatera en términos económicos, pero algo ha avanzado primero con el voluntarioso pero insuficiente, por falta de recursos, Partenariado para la Democracia y Prosperidad Compartida en el Mediterráneo Sur. Luego con la ya citada creación de la figura del representante especial de la Unión Europea para la región del Mediterráneo Sur.

El presidente del Gobierno español, Rodríguez Zapatero, fue el primer mandatario europeo en viajar a Túnez el 1 de marzo de 2011 cuando la situación no estaba aún clara. La política exterior española, además se centró en este país como elemento ejemplar de la gran transformación, y en apoyar las reformas en Marruecos. No fue sólo el Gobierno, también desde la sociedad civil se hizo un gran esfuerzo para ayudar en las transiciones, a través de centros como el CIDOB, la FIIAPP o el Real Instituto Elcano.

### Indignados globalizados

El 15 de octubre de 2011, centenares de miles de personas en 951 ciudades de 82 países, repartidos por cinco continentes, se manifestaron en lo que fue un movimiento de indignación global, aunque predominantemente occidental. Nunca hasta el 15 de octubre de 2011, quizás con la excepción de algunas movilizaciones contra las guerras de Vietnam, en su día, y de Irak, se había dado una movilización de tal alcance en demanda de un cambio global, que recorrió en un mismo día todos los husos horarios del planeta: comenzó en las calles australianas de ciudades como Sidney, Brisbane y Melbourne, tomó el relevo Nueva Zelanda y los ciudadanos de Auckland, tuvieron lugar actos testimoniales de adhesión, con centenares de participantes, en Seúl, Tokyo, Hong Kong y Kuala Lumpur, hasta las manifestaciones por las calles de México, Sao Paulo, Buenos Aires y Santiago de Chile. La movilización reunió a más de 10.000 personas en la neoyorquina *Times Square* y otras tantas en la capital federal, en Los Ángeles, en Chicago y las principales ciudades canadienses. Una cifra similar recorrió la avenida *Unter den Linden* de Berlín y otras 5.000 se concentraban ante la sede del Banco Central en Fráncfort. Más de 1.000 personas se concentraron ante la catedral de San Pablo en Londres. En torno a 6.000 personas desfilaron por las calles de Bruselas y más de 15.000 por las de Lisboa, además de diversas ciudades españolas.

Fue un fenómeno inédito en la acción colectiva de carácter reivindicativo que articula los movimientos sociales y políticos de nuestra época, y que las redes sociales hicieron posible a esta escala global. En tan sólo cinco meses, el 15-M español, tras las revueltas árabes, se transformó en un movimiento social y político de alcance global. Pues esta serie de movimientos en países postindustriales en

buena parte empezaron en España con los *indignados*, otra palabra que este país ha aportado al mundo, aunque surgiera del panfleto *Indignaos* del diplomático octogenario francés Stéphane Hessel. Sus objetivos eran, en primer lugar, “la banca”, pero también “Bruselas” o en el caso de EEUU “Wall Street”, es decir, el sistema financiero. Representaron, en parte, a los perdedores de la crisis y de la globalización. Fue la respuesta política improvisada de una ciudadanía cada vez más asustada frente a una crisis esencialmente occidental, pero con alcance global, y ante la que muchos se sienten abandonados e ignorados por sus representantes políticos.

Este movimiento se nutre también del profundo pesimismo que domina a las sociedades del antaño próspero Norte, en contraste con el optimismo que avanza en las sociedades del hasta ayer empobrecido Sur. Según el Eurobarómetro de otoño de 2011, un 85% en Suecia, un 65% en Dinamarca, un 78% en Alemania ven bien la situación de sus economías, mientras un 99% en Grecia, o un 96% en España tienen una visión negativa de la situación y el futuro, estando la media de la UE en un 71%.

Lo ocurrido con el 15-M en España y este movimiento global parte de un ciclo de protestas que recorrió el mundo: la ya mencionada primavera árabe; Chile y la revuelta de sus estudiantes; Reino Unido, las protestas contra los recortes y las revueltas populares de jóvenes frustrados y consumistas; Israel y la revuelta de sus clases medias; las protestas cívicas en Italia o en México al margen de partidos e instituciones; las movilizaciones antinucleares

tras la crisis de Fukushima en Japón, Alemania o las manifestaciones contra la candidatura de Putin en la Federación Rusa. Incluso en Estados Unidos, la eclosión del movimiento *Ocupa Wall Street* logró en poco más de un mes extenderse a otras ciudades y doblar en popularidad al *Tea Party* —que también es reflejo de la crisis desde un populismo de derechas— así como un apoyo del 60% entre los jóvenes y que en los votantes demócratas llega al 66% de los encuestados, según datos del Pew Institute.

Y mientras todo esto ocurría, la población mundial seguía creciendo. El 31 de octubre de 2011, según Naciones Unidas, la Tierra llegó oficialmente a los 7.000 millones de habitantes.

\* Andrés Ortega ha sido en dos ocasiones director del Departamento de Estudios del Gabinete de la Presidencia del Gobierno. Autor de varias publicaciones, sus dos últimos libros son: *La fuerza de los pocos* (2007) y *¿Qué nos ha pasado? El fallo de un país* (2012, Galaxia Gutenberg).